

serie

PABLO DIABLO

EL BARCO



DE VAPOR

Francesca Simon

Pablo Diablo y la maldición de la momia

Ilustraciones de Tony Ross



13.^a EDICIÓN

sm

Primera edición: noviembre de 2002

Decimotercera edición: diciembre de 2014

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Traducción del inglés: Miguel Azaola

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2000
por Orion Children's Books

Título original: *Horrid Henry and the Mummy's Curse*

© del texto: Francesca Simon, 2000

© de las ilustraciones: Tony Ross, 2000

© Ediciones SM, 2002

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mis amigos y asesores
Joe y Freddy Gaminara*

ÍNDICE



1

Pablo Diablo coleccionista, 9

2

Pablo Diablo y los deberes, 33

3

Pablo Diablo y la clase de natación, 55

4

Pablo Diablo y la maldición de la momia, 75





.....

PABLO DIABLO COLECCIONISTA

—¡Fuera de mi camino, gusano!

—chilló Pablo Diablo apartando de un manotazo a su hermano Roberto, el niño perfecto, y entrando como un huracán en la cocina.

—¡NO! —gritó Roberto mientras manoteaba detrás de Pablo y se agarraba a su pierna.

—¡Suéltame! —aulló Pablo apoderándose de una caja de Crujifrutis sin abrir—. ¡Rabia, pringado, que yo la he trincado!

Roberto se abalanzó sobre la caja de Crujifrutis y se la arrebató a Pablo.

— ¡Esta me toca a mí!

— ¡No, me toca a mí! —chilló Pablo.

Y rompió la parte de arriba de la caja y metió la mano.

— ¡A mí! —chilló Roberto. Y rompió la parte de abajo.

Un juguete dentro de un envoltorio cayó al suelo.

Pablo y Roberto se abalanzaron sobre él.

— ¡Dame eso! —aulló Pablo.

— ¡Me toca a mí esta vez! —aulló Roberto.



—¡Pablo, deja de incordiar! —gritó su madre—. ¡Y dadme eso ahora mismo!

Pablo y Roberto agarraban el envoltorio con todas sus fuerzas.



—¡NO! —chillaron los dos a la vez—. ¡EL JUGUETE ME TOCA A MÍ!

Tanto Pablo Diablo como Roberto, el niño perfecto, coleccionaban los Moto-Monsters que venían en las cajas

de Crujifrutis, el cereal de moda. Lo mismo hacían todos los demás niños del colegio. La colección constaba de diez Moto-Monsters de colores que iban desde un verde corriente hasta un dorado alucinante. Y tanto Pablo como Roberto tenían Moto-Monsters de todos los colores. Todos menos uno. El dorado.

—A ver —dijo su madre—. ¿A quién le toca el juguete esta vez?

—¡A MÍ! —chillaron Pablo y Roberto.

—¡Él se quedó con el anterior! —chirrió Pablo—. ¿No te acuerdas? Abrió la caja y le salió el Moto-Monster azul.

Era cierto que a Roberto, el niño perfecto, le había tocado el azul..., pero dos cajas antes. Aunque no tenía por qué tocarle ni uno solo...

“Al fin y al cabo”, pensaba Pablo indignado, “si no se hubiera puesto a coleccionarlos para copiarme, me habrían tocado todos a mí”.

— ¡NO! –gritó Roberto echándose a llorar-. ¡La última caja la abrió Pablo!

— Nene llorica –se burló Pablo.

— Déjame –dijo Roberto.

— Déééjameeee –le imitó Pablo.

— Mamá, Pablo me está fastidiando –se quejó Roberto.

— Ahora me acuerdo –dijo su madre-. Le toca a Roberto.

— Gracias, mamá –dijo Roberto, el niño perfecto.

— ¡No hay derecho! –chilló Pablo Diablo cuando vio que Roberto rompía el envoltorio. Dentro brillaba algo.

— ¡Qué alucinante! –Roberto se quedó boquiabierto–.

¡Un Moto-Monster dorado!



Pablo se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Tenía la mirada fija en el fabuloso Moto-Monster dorado.

— ¡No hay derecho! —chilló—.

¡Yo quiero un Moto-Monster dorado!

— Lo siento, Pablo —dijo su madre—.

El próximo te tocará a ti.

— ¡Pero yo quiero el dorado! —aulló Pablo.

Saltó sobre Roberto y le arrancó el Moto-Monster de las manos.

Se había transformado en el Huracán Pablo que a su paso todo lo arrancaba de cuajo.



— ¡Socorrooooo! —chilló Roberto.

— ¡Pablo, si no dejas de incordiar, ahora mismo se acabaron para ti los Moto-Monsters! —gritó su madre—. Así que recoge esos trozos de caja y sube a vestirme.

— ¡NO! —rugió Pablo. Y corrió escaleras arriba y cerró de un portazo la puerta de su cuarto.

Tenía que conseguir un Moto-Monster dorado. Fuera como fuera.

Nadie del colegio tenía uno dorado.

Pablo se veía ya convertido en el centro de atención mientras los demás se empujaban y se daban codazos para poder ver su resplandeciente Moto-Monster. Podría cobrarles medio euro por vistazo. Todos querrían verlo y tenerlo en sus manos. Le invitarían a todos los cumpleaños... ¡Y, mira por dónde, resulta que la estrella iba a ser Roberto y no él! Pablo rechinó los dientes solo de pensarlo.

Pero ¿cómo podría hacerse con uno? Los Moto-Monsters no se compraban en las tiendas. Solo aparecían dentro de las cajas de Crujifrutis. Y su madre era tan mezquina que obligaba a Pablo y Roberto a terminar cada caja antes de abrir

la siguiente. Pablo había comido ya verdaderas montañas de cereales para coleccionar sus Moto-Monsters. Pero su esfuerzo sería inútil si no conseguía uno dorado.

Claro que podría robarle el suyo a Roberto. Pero seguro que Roberto lo notaría. Y Pablo sería el primer sospechoso.

Podría hacer un cambio. ¡Eso es! ¡Le ofrecería a Roberto dos verdes! Una oferta generosa. Generosa de verdad. Pero Roberto odiaba hacer cambios. Por alguna razón, siempre creía que Pablo estaba tratando de engañarle.

Y de pronto Pablo tuvo una idea brillante, espectacular. Es cierto que contenía una microminúscula miajita de trampa, pero la causa de Pablo era justa. Llevaba coleccionando Moto-Monsters

muchísimo más tiempo que Roberto.
Él se merecía uno dorado y Roberto no.

—Conque tienes un Moto-Monster dorado —dijo Pablo entrando en el cuarto de Roberto—. Pues no sabes cuánto lo siento.

Roberto, el niño perfecto, dejó de sacar brillo a sus Moto-Monsters y levantó la mirada.

—¿Por qué? —dijo con desconfianza—. Todo el mundo quiere tener un Moto-Monster dorado.

Pablo miró con tristeza a Roberto, el niño perfecto.

—Ya no. Traen mala suerte, por si no lo sabes. Todos los que han tenido alguno han sufrido una muerte horrible.

Roberto, el niño perfecto, miró fijamente a Pablo y luego a su Moto-Monster dorado.

—Eso no es verdad, Pablo.

—Sí lo es.

—No, no lo es.

Pablo Diablo caminó despacio por el cuarto de Roberto. De vez en cuando tomaba una rápida nota en un cuadernito.

—Canicaaas, vale. Tres guerreros a caballooo, vale. Equipo de ciencias naturaleees... naaahh. Colección de monedaaas, vale.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Roberto.

—Echando una mirada a tus cosas para ver cuáles me interesan cuando ya no estés.

—¡Pues no sigas! —gritó Roberto—. Oye, lo de los Moto-Monsters dorados te lo acabas de inventar, ¿verdad?

—No —dijo Pablo—. Ha salido en los periódicos.

»Lo del niño que salió a pasear al perro y cayó en un pozo de lava hirviente.



»Lo de la niña que se ahogó en el retrete. Y también lo del pobre chico que...



—Yo no me quiero morir —dijo Roberto, el niño perfecto. Estaba pálido—. ¿Qué puedo hacer?

Pablo hizo una pausa.

—Creo que nada. En cuanto tienes uno en tu poder, ya no tienes salvación.

Roberto dio un respingo.

—¡Lo tiraré!

—No funcionará —dijo Pablo—.

Seguirás estando gafado. Solo te queda una salida...

—¿Cuál? —preguntó Roberto, el niño perfecto.

—Pasarle el chisme dorado a alguien que sea lo bastante valiente para quedárselo. Así le pasas también el gafe.

—¡Pero no lo querrá nadie! —gimió Roberto.

—¿Pues sabes lo que te digo? —dijo Pablo—. Que yo estoy dispuesto a correr el riesgo.

—¿Estás seguro? —dijo Roberto.